

DESDE EL ESCENARIO

Desde el fondo de un escenario

por Juan Carlos de Ibarra

Si he de hablar de *¿Qué hizo Nora cuando se marchó?*, mejor hacerlo desde el lugar que ocupaba y desde la perspectiva que se me ofrecía: desde el fondo del escenario. Una sombra del Hades que mira a la laguna Estigia y ve llegar con Caronte a... ¿quién? Desde las sombras de la escena renuncio a saberlo, aunque sé que algo tendré que ver con ella; eso es, es Ella. Vamos a participar en un procedimiento teatral en el que Ella viene forzada a ser actriz, y como tal, múltiple, inefable, otra; habrá entonces que nombrar en plural a este personaje que, con la gracia del prestidigitador, saca una moneda de su boca para pagar al barquero. Las palabras de la Sibila resuenan aún en la bóveda fría del escenario mientras Ella, quizá «en imitación de su antigua vida» se dispone a ser, olvidado su nombre, Irina, Antígona, Lady Macbeth..., y por fin Nora.

Cuando en la búsqueda de lo que es esencial en el teatro, lo que define su naturaleza, se ha procedido por eliminación, dos son los componentes que permanecen: actor y espectador.

Esta doble condición se cumple en nosotros, actores en la sombra al contemplar, como en un negativo, las figuras de la escena recortadas sobre el fondo expectante del patio de butacas. Desde el fondo del escenario, la inversión de la perspectiva no es sólo óptica; se trata de una nueva paradoja por la que nos sentimos parte de una ficción ajena y espectadores en la propia ficción.

Mientras Hades le habla de «errores repetidos», el público la ve alejarse ha-

cia el fondo del escenario, pero nosotros vemos a la actriz venir mostrando en su cara la sed de las mujeres. Cerbero, siempre atento, viene a buscar una silla, nosotros sabemos cuál, y que un pasillo de luz dará entrada a Eaco, Minos y Radamanto, entrañables amigos. Luego Pirandello dejará las sombras para acudir, junto a Espriu, Brecht y María de Zayas, a una tertulia de escritores: curiosa metáfora del infierno, bromeó en un ensayo el profesor. Los tres jueces van invitando a manifestarse a aquellas gentes pacientes que aguardan el momento de su actuación. Todo desde este lugar es complicidad, una respiración común, el deseo unánime de hacer teatro, de dar cumplimiento a nuestra función.

Esta es la perspectiva privilegiada. Los directores, dramaturgos, profesores, suben a la escena junto a los actores a disfrutar de sus temores, a experimentar el vértigo de ser otro, a exponerse en ensayos y representaciones a la mirada de los otros. Seguramente Goethe no deseó nunca ser actor; de ser así, hubiera comprobado que, tal como él quería, el escenario es tan estrecho como la cuerda del equilibrista. Y por esta cuerda vemos, desde el fondo del escenario, pasar a Shakespeare, a Lucela -nunca demasiado niña-, a Snyder, Slift, Graham, a los coros generosos cuyo futuro nos sostiene.

La actriz, poco a poco, ha ido llenando la escena de gestos y ecos, todo parece impregnado por las mil máscaras de su presencia, y parece que por fin Ella encontrará un nombre y una manera de decir «¡basta!».

Todo impresiones imprecisas; pero

viene Radamanto con un sobre en la mano para esta sombra, y el espectador que aguardaba sentado en el fondo del escenario se desvanece, sólo queda el actor. No hay contemplación cuando se camina sobre un delgado hilo que trenza nuestra voz a cada paso. Después de haberla visto ser tantas ellas, la actriz es de pronto Nora, y Helmer viene de mi mano a contar la miseria de nuestra hombría. Su voz ha de sonar, después de un largo silencio, con una ira intensa que muchos no creen propia. Las miradas de Ella están próximas ahora y encuentran en Helmer razón para el llanto; yo no quisiera ser este hombre desalmado, menos mal que el actor tiene almas de sobra.

Y acabada la escena, mientras miro a la actriz que solloza por Nora, vuelvo a la sombra acogedora, para encontrarme en un coro de voces amigas que se fingen amenazantes, aunque desean que Ella gane la partida. En los oídos resuena el eco de un portazo, cuando Hades, benigno, aparece en la pantalla; habrá un final feliz y un viaje de regreso. No sé cierto quién es, ni que hará al marcharse; pero si, como dice Hades, continua ensayando, yo quiero estar allí, donde cambian su indumentaria las gentes del teatro, donde pintan sus caras, donde repasan sus líneas -estudiantes siempre inseguros-, donde calientan sus voces con aire estrafalario, cuando se cogen las manos para inspirarse ánimos, cuando entre cajas se miran renunciando a la huida, cuando...

No están aquí los nombres de quienes lo hicieron posible; no podría olvidar a nadie.